

Javier Acosta
Regla de tres

Premio Nacional de Poesía «Ramón López Velarde» 2006

Jurado

Héctor Carreto, Alejandro Sandoval,

Rafael Vargas

Javier Acosta
REGLA DE TRES

Coordinación General de Extensión Universitaria
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE ZACATECAS



México, 2007

Portada
TopTenTrío
Edición al cuidado de
María Isela Sánchez Valadez

Regla de tres

Primera edición, 2007

DR © Javier Acosta
DR © Universidad Autónoma de Zacatecas

ISBN: 978-968-5923-51-4

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra,
incluido el diseño tipográfico y de portada, por cualquier medio
electrónico o mecánico, sin la autorización por escrito
de la Universidad Autónoma de Zacatecas

Impreso y hecho en México *Printed and made in Mexico*

No pueden tener vida los poemas
escritos por bebedores de agua.

Horacio, *Epístolas*

§1. Coplas de amor y luna inmóvil

Agua que va

Acomodada por la sed, puesta en traslúcidas botellas
y es un elíxir que limpia los eructos.

Agua portátil, recogida por ninfas
que nadan bocabajo, como livianos detergentes.

Una, no sé, cualquiera de las niñas,
bautiza el agua con los pies, el aire con vocales,
el tiempo con latidos; pero su vino simple
trastorna mi vejiga, el mundo gira sobre mí,
soy un marino enfermo, un manatí borracho,
y hablo del agua en el drenaje, del agua que se pierde
siguiendo el ciclo de las aguas.

El agua noble que transporta
heces y lirios. Agua pasteurizada
por manos jabonosas, por núbiles vejigas,
por depilados pubis, lo supongo
(espero de verdad, por depilados pubis).

Coplas de amor inmóvil

A veces he notado tu discreto mugido.
Cada una de tus flores
es un estómago que gira con la nieve,
tu polo sur la fábrica de sal y frío,
tus puntos cardinales unos pájaros
que no van a emigrar a presas mexicanas.

He señalado con los ojos
tu sonrisa de lúcido bostezo.
Alguna vez en los alrededores de Los Ángeles,
otra sobre la catedral de Pátzcuaro.
Una vez reflejada en el paciente Patio
de los Arrayanes.

Vi en tu sello de sal o de leche perdida
los sencillos indicios de la eternidad.

Eres la sola, la sin marido.
Tu corazón foráneo,
manos para enjugar
las aguas del planeta.

Quiero morir contigo.
Dejarle mis zapatos a tus hijas,
mi fémur a tu madre,
mi corazón al gato que te lame la frente.
Quiero que seas la virgen,
el diente abandonado,
la capital sitiada
del sueño y los bolígrafos.

Qué dios perforará
tu himen soñoliento,
inventará que existe
para qué raras cosas.

Dame tu amor de célibe nodriza,
de mujer que se cruza con uno en el semáforo.

Dame la cura de la hipnosis,
dame la hora.

Dame tu leche en copas de madera,
tus caballos de arroz,
los dientes que te curan los dentistas.

No sé lo que te duele,
no sé lo que te alegra;
pero nada —lo sé—
se puede remediar con analgésicos.

Calvicie del apóstol

Quería también hablar sobre tus dientes,
ponerles nombres uno a uno. Nombres
a tus distintas formas de cruzar las piernas
cuando te quieres poner interesante,
como una paloma
sobre la calva del evangelista.

Quería tomar en serio
la velocidad de los hoyuelos,
la marca favorita de zapatos,
la dieta esa que permite tomar

café con leche
y pescados azules.

La camiseta que disimulaba
con franca incompetencia
la boca en que cabría la copa apenas láctea,
el vientre apenas fértil
y el ombligo ahí afuera,
la pupila de un dios
que nunca —o casi nunca— está de malas.

Habían escrito ya —mucho me temo—
largo y tendido sobre el tema,
tus dientes tenían nombres
—brillan al pronunciarlos en voz baja—,
tus piernas se cruzaban
con el lenguaje propio de las piernas
y los hoyuelos eran lentos,
como marcha nupcial
o cena de embajada.

Aquellas zapatillas las cambiaste
por unos pies desnudos
—es tres de julio y viene la canícula—.

Abandonaste el régimen,
eso no es novedad,
y no tengo noticia
sobre la camiseta y el ombligo
la pupila del dios
la copa —apenas— láctea.

Relatará el poema la ocupación de unos señores

Y si levantas una ceja. Si te cuentas los dedos
de la mano
y dejas sin contar el número del Sol. Si levantas
la voz,

bajas los hombros. Si te lavas los senos
con pastillas de avena,
la cara y las dos manos con agua de la llave,
tus cabellos los fines de semana.

Si acomodas tus manos en el cuerpo mientras
hablas conmigo
y son las posiciones calculables de los astros.
El tres de oros,
que no predice nada memorable. La línea de la mano,

la línea del teléfono. La línea
apenas mencionable que separa las nalgas

y su hermana menor que divide los pechos.
Los signos que no quieren decir nada.

Fórmulas que amenizan las nupcias del silencio:
Por medio del presente. Sin otro asunto que tratar.
Se muere por usted. Besa su mano.

Si todo eso —no perdamos el hilo—: hay un señor
que escribe cada cosa,
te levanta la ceja
y cuenta para ti el corto dígito del Sol,
la marítima cifra de la Luna.

Otro señor que calla lo que puede. Para una como tú
que cepilla sus dientes con desgano
y se acomoda el pelo con limón
y ama sin recato a los cantantes. Otro señor
que en la calle te mira de reojo,
que con pudor escribe todo esto.

Regla de tres simple

The time of minor poets is coming.

CHARLES SIMIC

En su cabeza está el cuerpo desnudo,
debajo de la regla de tres simple,
junto a la prueba ontológica de la existencia
de la carne.

Entre vísceras grises y biblias escritas a mano.

Afuera una ciudad que se llama Madrid
—Halifax o Jerez— llena de quinceañeras ebrias
y muchachos de largas erecciones.

La noche húmeda,
con el índice opera su ábaco de automóviles,

la cuenta lleva de los pubis, fija el impuesto
para los honorarios discretos de las putas.

Yo hago la nómina de las muchachas
que en la saliva se bautizan. La noche no.

Ella escribe los nombres exquisitos de las brujas
—en otros tiempos brillaban en el cielo
como astros recién paridos: eran legión
y los serenos solían llevar gafas de sol
en plena madrugada.

La noche rectifica el número de las escobas.

Fértil —o no— el negro pubis de la pasión
late en las afeitadas manos de la ninfa.
Si llego a viejo escribiré su biografía despacio
con la mano izquierda —para que nadie
me descubra.

La guardaré bajo la cama,
como el verso de odio que escribo por las noches.

Hay quien levanta sin piedad

Las faldas de mi amor platónico
y le inventa una flor en el oído.
Le prepara la ducha en copas de champaña.
La perfuma con frágiles atmósferas.

La hace levitar en espectáculos
atravesada por espadas fundidas en Toledo.
Después mi amor se queda así

—como si nada—

como una estrella que ignoramos
si ya hemos contado con el índice.
Yo pagaría un millón de antes
tan sólo por saber si el bigote depila,
si sus labios son frutos sembrados
en el caldo fortuito de las generaciones
o nada más el divino pulso
de un cirujano célebre
de la Viena de Freud

podría moldear
esa frutilla henchida de exóticos almíbares.
Si en los hoyuelos hay
algo que fue robado a los eclipses,
una flor que deambula
en la zona imprecisa de la luz,
una orquídea de gas
que volverá cada cien años,
por el sendero ambiguo
de las coincidencias.
Y falta casi un siglo para todo.

§2. Taza de té de luna

La mano de la Diosa

El ritmo sigue a tu pie izquierdo
tu pie a tus zapatos. La orquesta
los serenos gemidos de la diosa.

Los primeros arpegios derriban a los pájaros.
Los últimos reviven a los sordos.

Las focas aplauden —como siempre,
sin saber por qué.

Cruzas la noche a pie,
el mar en brama. Tu madre grita:
Es mi hijo.

Tu padre no cuenta.

Las mujeres del mundo se desmayan
cerca de altos varones.
Tú mueres en los mingitorios. Tú gimes
a los matrimonios.

Muge la noche. Nadie la consuela.
Ni el varonil flautista de los roedores.
Ni los antiguos mandamientos
de la leche materna. Ni las pueriles
artes de la ablación. Ni tú
que estabas muerto.

Los insectos presumen
sus tres pares de patas.

La diosa de los tiempos
tiene tres manos tristes
y tres manos zurdas:

Toca el violín con ellas,
el piano de tres patas y las cuerdas bucales.

Con la mano derecha
pone sestercios en los tocadiscos.

Degüella mantis religiosas
con la mano segunda.

La tercera es de yeso. El cerebro es géminis.

De qué vive Li Po

La luna no sabe beber, mi sombra sólo acierta a seguirme.

LI PO

Pregunta el perro con orines,
con húmedas laderas la colina,
los párvulos preguntan con el dedo,
de qué vive Li Po
si vive de ebriedad,
si destapa botellas y vejigas de grulla.

En el libro de sueños de la mariposa,
un monje alza los hombros.

La tortuga de plata baja por la escalera de la noche.

Li Po se duerme en un charco de luz.
Las piedras con su letra de musgo,

el aria de las nubes,
la imperturbable vulva de la noche,
todo pasa la voz y se pregunta:

De qué muere Li Po
sino de tanto corregir sobre caparazones
la edad vaga del vino,
de tanto despertar en otro
sueño de la ebriedad.

Li Po no sabe dónde
queda su copa. Brinda la sombra del poeta.
Bebe un sorbo la luna.

Taza de té de luna

Los viernes,
al salir sobre las últimas casas del vecindario,
entre los gatos pobres
y las antenas de televisión,
la luna finge estar más cerca.

En su barco varado
dice adiós a las nubes con el pelo.
Ellas se van con sus pañuelos blancos

mais la vie sépare ceux qui s'aiment

una muchacha negra canta por la radio
y sólo aquí la luna se refleja
en mi taza de té.

Hay además un claro de tu piel,
un manantial del alma
—el alma misma—
donde siempre la busco,
donde parece estar más cerca:
un breve viernes de tu cuerpo.

§3. El nombre de otro dios más grande

De noche el agua

Todavía es de noche.
No te acomodo el pelo con saliva,
la que te deja blancos
caminos que conducen
al mar de las almohadas.
No. Es de noche.
Tu pelo, acomodado
nada más
por los contados movimientos
del cuerpo cuando duerme.
No son tus pies los pies
de la nipona,
dolorida crisálida,
mariposa que duerme
por cien años. Como los pies
de página
esperan que un lector
les pruebe zapatillas.

Eran tus blandos pies
antes aún
de que los perfumaras
con agua de la ducha
o con medias de nailon.
Cuando te duermes
tu belleza reposa
como la Osa Mayor
cuando una estrella
—polar, imaginemos—
se apaga lejos,
al amanecer.
Se apaga el tinte del cabello,
las raíces castañas,
la natural composición
de tus amados pechos,
los kilos que parecían de más
en tu cintura. Duermes,
entonces tu alma crece
y es lo mismo que el cuerpo
o quizá al revés, tu cuerpo crece
hasta la talla justa de tu alma.
Nunca duermas con sed,
decía mi abuela

pues tu alma se va buscando el agua.
Yo acerco vasos a tu cuerpo
—es decir, a tu alma—,
le llevo jarras, botellas de gaseosa,
goteros, gotas de agua.
No quiero que tu cuerpo,
es decir que tu alma,
es decir que tu cuerpo,
es decir que tu alma...

Ánima sola

Almas hay en la miel de las amígdalas,
en la pasta dental, en los pies inflamados,
en las mamas fragantes de las putas:
repúblicas etéreas

que elevan catedrales en tu aliento.

Las veo por todas partes,
todas afuera, todas mías.

Un alma sola que bendice a Dios

Amor lo llama entre las llamas
de plácidos infiernos. Más cerca,
a trío, ninfas que soplan

para enjuagar el aire con silbidos.

Almas hay en las almas,
también en cada esperma almas
como la mía (h)ay, perdidas almas.

Simetría del vacío

Tengo el cuerpo metido
en el espacio hueco de mi alma,

el alma acomodada
en un rincón vacío del mundo,

y el mundo se traslada
en la arruga inmortal
del señor arrojado

de una discreta procesión de dioses.

En cada dios hay pliegues
donde caben mil mundos,

en cada mundo
hay huecos para el alma,

en cada una sitio
para mil como yo

y sin embargo cada hombre
podría tener un par de almas,

cada una mil hombres,
un hueco para un dios.

Y si lo multiplicas todo
con casi nada de paciencia

se acomoda en la tilde
de la una que roes

cuando no sabes cuántas eres.

El dios que disminuye

Imagina que algunos,
que los dioses,
te juegan a las cartas.

Que uno de ellos
tramposo y ambidiestro
gana tu nombre y accesorios.

Imagina que no tiene virtudes.

Que ningún poder
será capaz de detenerlos.

Que no existe jamás
un dios —ni el nombre
de otro dios— más grande.

Que es un juego de naipes
lleno de trampas y de dioses

la noche interminable
de la eternidad.

Palingenesia

Escrito el adiós
(con lágrimas, como debe ser).
Cerrados los ojos
(con ayuda de tu viuda).
El obligado túnel de luz blanca
(querubines te elevan
como a una virgen de Murillo).
Tus hijas
(parcialmente tristes).
El mundo
(completamente ebrio).

Tus gafas
(para siempre inservibles).
Las vísceras
(trasladadas en hielo).
Monedas en los ojos
(costo del paso a los infiernos).
Una botella de agua
(bébase un sorbo
cada dos mil años).
La prometida reencarnación
(en gota de lluvia
o en pisapapeles).

Labios de Harpo

Mientras te duermes leo
los labios de Harpo Marx
en una de esas películas
que pasan a la madrugada.
Casi nada se oye:
la turbina en reposo del verano.
La demorada traslación
de los satélites del enemigo
que toman instantáneas al insomnio.
Las posiciones de tu cuerpo
haciendo señas a la noche.
Los movimientos ensayados
de gente como tú que sueña.
El tímido comportamiento de las horas
que pasean sin zapatos por tu espalda.

Artículos aparatosos
que Harpo Marx
llevaba en los bolsillos: megáfonos,
trombones,
tijeras de agua dulce,
orquídeas de antimonio.
Cosas para que el sueño no termine,
para que no se agoten
las posiciones de tu cuerpo
(no he despertado, no despertaré).

Dios y la Bestia y los cabellos

Dios y la Bestia pelean por el mundo.
En el mundo estoy yo, pronunciando vocales,
enderezando mi espina dorsal,
bebiendo té de hierbabuena,
viendo qué hacer con mi peinado.
Dios y la Bestia siguen su combate.
Tú vives en el ombligo de la Luna.
Tú vives en la florería del viento.
Tú vives en el zoo de la almohada.
Tú reinas en la Luna, en los aguamaniles,
en el espejo de bolsillo. Tú pones
trapos húmedos en mis vocales,
cristales blancos en mis gafas,
y en el pelo tónico para el pelo.
Dios y la Bestia se arrancan los ojos y los huesos,
ignorán esta y otras cosas:

Cuánto pesan las cosas en la Luna,
el sabor de sus aguas. El requesón
que nunca tuvo. Cómo vives ahí,
cómo gobiernas a los locos
y a la sangre menstrual. Cuántos ladridos
habrás escuchado, cuántos países te reclaman.
Dios y la Bestia se mesen el cabello.
Tú recoges el mío.

§4. Tom Waits ha estado bebiendo

Tom Waits ha estado bebiendo

The piano has been drinking, not me.

T.W.

A poca gente agradan sus canciones,
ni siquiera al mesero, ni a las minifaldas,
si acaso a mí,
cuando Tom Waits se embriaga como un piano
y me caigo al escote de mujeres que fuman.
Cuando mi amor huye a Los Ángeles,
cuando degüella el pavo de año nuevo
y las estrellas se depilan
los muslos con neblina.
Los perros y las perras
aúllan
para que el frío no muera de catarro;
pero
mis pantalones se orinaron, el vómito se ahoga
en el retrete.

En el congelador está mi oído izquierdo, el derecho
confiesa

que tampoco le gustan las canciones
y el piano de Tom Waits sigue borracho.

Yo envió por correo mi cuello a California
alguien escribe el remitente con saliva.

Mi boca está en el suelo.

A la navaja de afeitarse le crece óxido en la ingle.

El agua tibia se fugó a Malpaso.

El refrigerador fuma de nuevo,
el frío tiene enfisema, el pubis rubio las estrellas.

Tararea la neblina

que alguien tiene axilas de tomillo

que Horacio ha estado bebiendo.

No he sido yo. Tom Waits. No yo.

Not me, not me.

Nada está en paz

Todo es un signo transmitido
por la inercia del mundo.

Todo es el trámite de circular,
de establecer los ritmos de la mala memoria.

Las marcas de la piel, las marcas del aliento.
Marcas del agua en el dinero,
marcas de piel en la mujer que toma el sol
en la playa nudista del olvido.

Todo es el nerviosismo de las plantas.
Las preguntas de fondo que formulan los bulbos,
las preguntas de amor que dicen las orquídeas.

Agua madura, le dirás,
y entrecortadas frases.

Igual

la dermis dice «hola» a la consorte del anófeles.

La edad te dice adiós. Tu vida *vuelve*;

pero no estás ahí para encontrarla.

Ciclos del agua

El agua se transforma en vino,
el vino en Dios,
Dios en panes y peces.
El pan se moja en leche,
los peces en el agua.
En el agua comienza otra vez todo.
En la leche se hunde
el hogar de los gatos,
la casa de tus pechos y mis hijas.
Los gatos no aprenden a nadar,
mis hijas vivirán en manantiales
y en públicas fuentes,
yo cerca de tus pechos,
en tu casa. Te
lleno vasos de agua,
te doy tazas de vino,
benjamines de leche.
Borracho esperaré
a que todo suceda.

Sello del agua

La marca eres del agua,
línea de sueño
de la boca a la areola.

Sello de la saliva
en el cuello alargado
por la perseverancia de la lengua.

El tatuaje soluble
que en el pubis
señala el manantial

donde se nutre
el árbol genealógico
de las nereidas.

Perímetro del aire

Hay una mano que acomoda el flequillo
para disimular el paso de los vientos.

La rosa que señala su mansa dirección
detrás de las orejas: como esos mayordomos
que llevan un recado a la hora del brindis.

La canción que se oye cuando nada se oye,
cuando parece que te caes
como el valor humilde de artículos usados.

El útero del aire se acomoda en tu mano.
Es un recado de la lluvia,

la rosa simple que gira con tu pelo,
el satélite tibio que va contigo a todas partes,

un escueto recado sobre la inclinación del mundo,
sobre la dulce propagación del frío.

Luego la mano atiende otros asuntos,
la cruz que puede dibujar sobre tu pecho

el hueco en el que bebes agua.
Pozo para reconocerte,
dedos para contar los dedos de la mano:

la mano que se enfría cuando estás en apuros,
leña que aviva el horno de los vientos.

Virtudes de la orina

Famélicas y grandes,
como lentos mamíferos,
beben el caldo turbio
que borra la memoria.
Andan así las musas
por la orilla del tiempo,
se orinan en los ríos,
en los aguamaniles. Bendicen
tuberías de las aguas potables.
Ya borrachos decimos
que las amamos entre líneas
y hemos tenido siempre
la verga encabritada. Les besamos
las manos y las nalgas.
Así es harto sencillo
ladearlas como a negras torres.
Alzan alrededor el vuelo las orquídeas,

se fugan entre moscas y semillas de arroz
por los calvos novicios animadas.
Los cortaúñas se transforman
en escarabajos de la China moderna
(para ellos es fácil,
nadie los atiende. Nadie de veras,
ni Basho hace poemas a los cortaúñas).

Náusicaa en *topless*

Quién eres tú,
muchacha con los pies hundidos en la arena. Oye,
cuando te veo me acuerdo de una joven palmera
que Ulises dijo ver un mediodía en Delfos
cuando le presentaron a Náusicaa.

Hay como tú
jóvenes divinales que uno se encuentra
luego de los naufragios —y antes. Mi amor,
he sido largamente Nadie. Oye,

quién eres tú, de veras.
Tendría que venir alguien con mayor nombradía
que los dioses —los tuyos o los míos—

para ayudarnos a contar con mil y un dedos
tus dos o tres huellas
que la orilla del mar ha borrado.
Te puedo reglar agua en la boca y en el pelo.
Puedo verte a los ojos todo el rato.
Penélope e Ítaca —la patria
y la mujer de Ulises— están lejos.

Orfanato Danaides

Las brujas esconden la receta
para la eterna humedad del sexo,
para el coito largo y el oído fino.
Sabén que el pan se puede dividir, también
el pez, jamás las aguas de la llave.
Es una raza oculta
de tímidas diosas. Hay diosas,

deben estar hermanos
a salvo por la eternidad.
Ellas gobiernan la masturbación,
las ganas de mudarse a los espejos
o a sucias lámparas de aceite.
Cuentan las partes del pan y las del pez,
envenenan las rémoras

que entristecen la vida del escualo
y el peso de mi oído.

Las hechiceras están sanas y salvas.
La mente, absorta.
Me dejan ver la huelga de la felicidad,
los brazos caídos de la alegría.

Los torpedos han sido bautizados
con nombres de putas,
mi saliva con diminutivos:
clítoris, aguamiel, abrevadero.
Veo a las diosas con la mirada oblicua del deseo.
Gineceo sin señor. Lánguidas amazonas.
Empleo la paupérrima
nómina de la flora,
nómina de la fauna. Quizá alguna vez
se acomoden los nombres
en los oídos de mis diosas.
Mis súplicas entonces serán escuchadas.

Tántalo

Nadie habla del vaso en que te ahogas
como un insecto preservado
para el fin de los mundos.

Las manzanas hieren tu olfato,
nadie les da nombre. Nadie las muere.
Jubilados están los mondadores de manzanas.

La fruta del tiempo ha sido hecha
para pudrirse. Muere de arrugas la ambrosía
en los agujerados cántaros.

Eres un sátiro lacónico y abstemio,
puro de corazón: todo a la fuerza.

Ni la espuma del mar, ni la de la cerveza,
ni siquiera la espuma de la rabia.

Ni el pie de manzana. Ni el pastel de saliva.
Nada se menciona.

Y tu vida se alarga y la diosa se ríe,
y tu vida se alegra y la diosa se marcha.

Y tu vida se alarga,
y te muestra los dientes y los pechos.

Yo debo repetirlo, hasta que alguien encuentre
la fórmula.

Tú que me oyes propaga su pesar.
Nunca serán suficientes lágrimas.

Q.b.s.p.

Aparecen en sueños,
son manzanas de azúcar o zapatos fríos
y dejan que las niñas se duerman por cien años.

Sólo ellas acicalan
al caballero de la mano en los pechos. Las brujas

saben que viaja por las noches
en aeroplanos de papel de china,
pero le guardan el secreto.

Dentro de su cabeza el mundo
gira al derecho y al revés,

la Vía Láctea se arrulla con las antiguas
tablas de multiplicar que las brujas entonan.

Ponen sus huellas dactilares en la luna
y nutren a sus hijos con puré de peyote.

Las brujas saben el nombre de pila
de los ángeles,

les curan constipados con saliva
y el insomnio con besos en la boca.

Por las noches dibujan con el lápiz labial
las líneas de la mano en los recién nacidos.

Las brujas aparecen en sueños del casado
como boticarias o primeras novias,

los enferman de insomnio durante la cuaresma,
los ponen a dormir en oficinas.

Te desconcentran en el dominó,
te regalan verrugas si les simpatizas.

Las brujas quieren que te vuelvas loco.
A veces te perdonan y te vuelven loco,
a veces te castigan y te vuelven loco.

Si te visitan di que besa
sus pies el caballero de la mano en los pechos,
que me disculpen si se puede,
pues una vez las alejé con oraciones.

§6. La juventud de Arturo Schopenhauer

Conocidas estampas de la India

Quedan algunos tigres
que aprenden sin dolor
a tragar hombres.

Sus tersas rayas
pasean por las estepas
el diario íntimo de Dios
—alguien lo ha dicho ya—.

Y todo el Ganges
es el nervioso espejo en el que cuidan
si algo queda en el bigote.

Hay como en todas partes diosas
desnudas que se bañan sin jabón,
vuelven potable sus cabellos
el agua de los ríos.

Hay ochocientos dioses
que suplantán las formas
en que se mueve el viento.

Un dios leve que baila
en la noria del mundo.
Unos jóvenes hay
que en la fuente se encuentran.
Ella posa su pie
sobre el empeine del muchacho:
el sello delicado del silencio.
Un tigre los ve, pasa de largo,
pues va pensando en otras cosas.

Las orejas de Shiva

Todo mundo medita con las piernas cruzadas
y la barriga floja. Buda no se molesta.
Pone una mosca en la nariz de sus devotos
les concede el milagro de no pisar hormigas.
Los ancianos se inclinan ante los altares,
entristecen la cara. Yahvé se enfada un poco
(otras son las razones). Un diente se les cae,
el azúcar se eleva en sus arterias.
Saben los jóvenes besar. Se declaran amor, muerden
el lóbulo de mis orejas, muerden la femoral
y se masturban. Shiva los ve. Pone su rostro
en cada rostro. Baila sobre la piel de las artistas.
Las musas se enjabonan. Se van de viaje
a los lavabos,
a los aguamaniles. De viaje al mar a conocer el agua.
Se mudan por un siglo abajo de mi lengua.

Se quedan mudas. Tras ellas huye mi alma
en monociclo. Luego regresa:
se ve más joven. Ríe de sus cosas.
Yo rezo a gritos por mi alma. Que no haya un dios
que la consuele. Ni una flor apática. Un hipnótico
lirio.
Una taza de sopa. Que no se robe el alma
mis somníferos.
Tira el azar los dados. Nace otro dios,
debo contarle un cuento
que se vaya a dormir y sueñe un par de siglos.
El azúcar levita. La flor de loto tiene piernas largas.

Anunciación y fábula de la ignorancia

El espíritu es débil, la matriz es dorada;
el cielo yace en partes, yace en partes
la mente —privilegiada o no— del médico,
el intelecto que proyecta
gráciles monstruos. Un querubín
compra lápiz labial, afeites, levadura
de pálida cerveza, de lino medias
a María; compresas contra el vértigo,
cronómetros para la lentitud,
el embarazo; puré de vegetales, nieve
de kiwi, lágrimas al vapor,
fresas en vela. Débil es el espíritu,
vigorosa la carne. Que la virgen
no aprenda. Que nada sepa. La carne
es fuerte —tiene grasas, cartílagos,
tejidos musculares—; pero el saber
la debilita: semestres en la escuela,

instrucción superior, estudios de posgrado,
las arduas tesis, la simple posición
del cuerpo en el pupitre. Querubín ay,
tus pulgares son gordos, tus bucles
son los bucles de Leonardo; di las respuestas
a María: la antigua velocidad de trenes
con dirección a una ciudad
que el profesor —y sólo él— conoce.

La juventud de Arturo Schopenhauer

Nadie quiere decirlo: la letra entra con sangre,
los libros muerden. Es una fiera en brama
la bibliotecaria.

Ni las gafas existen. Ni los cortaúñas.
Ni los anuncios de silencio. Cada uno padece
el mal de mano extraña.

El corazón besa la frente del demonio.
Contrahecho el mundo: zurdo el cerebro:
el gris enamorado de la superstición.

Un gato negro es el gobernador de la sabiduría.

Hay álbumes con hombres disecados.
Y un alfiler sujeta cada espécimen. Y nada

se perdona. Ninguna enfermedad se cura
—incluso— la saeta del zen atina al blanco
por el error tan sólo conducida.

Todos los libros tienen mala ortografía,
los acomoda un ciego por número de letras.

Una gota de miel hace girar
el solitario círculo del caos.

Arturo Schopenhauer amaba a las hormigas
australianas,
las hormigas a nadie.

Los ombligos se alejan velozmente del enamorado.
Todos —mi amor— tenemos los cabellos largos.
Las ideas no existen.

Vida sentimental de la secoya

Eres la flora intestinal de Dios,
yo nada más sus jugos gástricos.
Eres la mano militar de sus orquídeas,
el pie con el que lleva el ritmo,
el dedo auricular al que viajan los tristes
tigres que quieren destriparse.
Yo nada más la mano izquierda,
doble, humedecida por el llanto
de mi madre cebolla. Ya la pasé
tres veces debajo de tu axila,
por debajo del perfumado pubis
de San Gregorio. Ya anduviste descalza
sobre mi fiebre parietal. Ya le dijiste sí
al término medio de mi carne.
Ya coronaste mi cabeza
con el enorme capirote del enamorado.
Ya te ofrecí las partes dulces
que tiene mi saliva.

Tú eres mi sal: fabricaré
con ella la estatua eterna
de mi esposa. Tú eres mi azúcar
para endulzar el café de los pobres.
Tú eres la institutriz de mis papilas:
fornicaré contigo si me salvas.
Los profesores saben que soy bestia,
que las palabras me enseñan, cuando quieren,
su culo de alabastro, el noble,
el aromático ano de la creación.
Los profesores saben, pero suelen
callar sobre este y otros temas.
Tú eres la flor intestinal de Dios,
yo nada más endulzo el café de los pobres.
Yo nada más escribo para ahogarme
en el pozo de las palabras,
para ahogarme en el aire purísimo
de tu aliento. Para probar las dulces
heces del mundo, para pasar por ellas
mi saliva.
Ya aposté mi cabello, mi cabeza desnuda,
mis dioptrías; las frases inmorales
que aprendí de ti misma,
cuando me convidabas a morir joven,

en la patria perdida de las musas,
hasta llegar a los mil años, como una secoya
y ser la flor de Dios,
su pastilla de sal, su café negro;
la claraboya de los geógrafos.
El as de corazones, la afortunada
sota de los tréboles, el pez de espadas,
el agua de las copas, el dos de pechos
eres. Yo nada más el derrotado rey
de los ratones: el capitán del agua negra.
Tú eres el pulso involuntario del esfínter:
la maquinaria olvidadiza de las estaciones.
En tus bolsillos suena
el metrónomo de los cuartetos,
el pie con el que Dios
lleva los ritmos del tornado.
La mano eres con que niego
la pluvial existencia de los ángeles.
La otra mano la longitud del alma,
el precio de mi carne niega. El índice que borra
las rarísimas veces que los pobres
se comen a sus hijos.
Tú eres los dioses que disuelven
a Dios en café negro, los dioses eras

que después lo salvaron, la virgen
que desmaya entre los bíceps
de los ángeles. Virgen serás,
yo apenas tarareo
la melodía sin notas del incesto:
el garabato en español de su cumpleaños,
el idioma infantil que hace bostezar
al apacible insomnio de mi madre secoya,
al segundero de la eternidad. Tú eres
el dos de pechos, el párpado de oros,
el profesor abominable de los corazones.
Yo perfumé tres veces tus cabellos:
depilé tus oídos, regurgité la flor,
la pastilla de leche. La romería
del pubis recité. Ya te ofrecí las partes dulces
de mis flemas, ya despejé la x de tu axila.
Los profesores saben,
pero suelen callar sobre éste y otros temas.

§7. Aria de los ahogados

El cuestionario de la musa

El culo está donde olfatean los perros.

¿Dónde está la cabeza?

Encima de la almohada.

¿Dónde está la cabeza?

Debajo de la embolia.

¿Quién es tu madre?

Es el árbol que cuelga del viento.

¿Cuántos años tienes?

Doscientos en los ojos,
treinta y cuatro en los dientes.

¿Cuántos años tienes?

Dos en los testículos,
una semana debajo de la lengua.

¿Cuántos son tus hijos?
Diecisiete familias
de fríos espermatozoides.

¿Dónde está el culo?
Lo contesté al principio.

¿Dónde están tus hijas?
En el orfanato.

¿Hacia dónde va el tiempo?
Hacia atrás.

¿Dónde estás tú?
En el útero de la mantis.

¿Dónde está tu padre?
En el líquido amniótico.

¿Qué estás haciendo?
Estoy soñando.

No, no. Estás muriendo.

Aria de los ahogados

Para que havia de chamar minha irma à água,
se ela nao é minha irma?
FERNANDO PESSOA

El agua me llamó como llama a las bestias,
porque habría de llamarme de algún modo.

Tengo en la mano la línea del destino:
todo en ella se cumple.

Fallecí hace dos años —dicen las gitanas—,
tuve un hijo —ahora crece
en un mundo mejor: cualquiera —aclaro.

Mi lecho tiene papel de estrellas
y una luna que me manda besos.

El mundo no es un ataúd. No para otros.
Y aquí estoy otra vez
memorizando los apodos del agua.
Los besos que me da para matarme.

Instrucciones de amor al médico forense

Qué parecida eres a mi viuda
cuando sonrías en medio de la noche,
cuando enumeras los minutos
que soportan sin aire
los buscadores de tomates marinos.

Los dos años que nadas bajo el agua
están en tus pulmones.

Mi esperma crece en el útero doble de tus manos:
mis huérfanos esperan la señal para nacer sonriendo.

El océano propaga
de la ballena el gordo cancionero.
Tu abdomen mi saliva,
tus manos a mis hijas.

Dejo una flor de lengua en tu clavícula,
un lunar de mi amor entre tus nalgas,
donde pueda crecer sin que lo veas.

Mi lengua es el badajo de la melancolía.
Cuando llegue la hora
renunciaré a mi empleo de campana budista
y dejaré a tus perros mis ahorros.

Qué parecida eres a mis huérfanas
cuando se olvidan de su padre.

Arranca mi cabeza,
que se pudra,
que sea la catedral desordenada de las moscas.

Heredará mi semen tu matriz
y mi saliva,
mi boca negra y su flor de grafito.

En mi esternón se pudre tu fotografía.
Nadie la encontrará,
ni el médico forense. Tengo también
una postal del agua: desdóblala todos los días.
Guarda mis dientes,
quizá te den una moneda los pianistas.

Las dos vidas de Edipo

Dócil esfinge.
En tus manos está mi destino.
En tus uñas mi alma. Mañana
—seguro moriré mañana—

aunque nadie —ni yo—
se haya dado cuenta,
continuaré yendo al trabajo —tarde,
como siempre—
con mis gafas de torpe mandamernos.

Escribiré estas líneas
sobre los pechos de un amor
perdido y los pies planos.

Mis ambos pies de sedentario Edipo.
Tú no mueras,
eres mi otra vida dando frutos.

Not a goddess

That's simple because/ I'm the laziest girl/ in town.

COLE PORTER

Necesitaste gafas para ver el futuro
—y el futuro ha pasado tantas veces,

como el agua del grifo por el grifo
o la falsa promesa en la misa nupcial.

Ya sabes de memoria el porvenir:
todos seremos decrepitos ahogados,

la vergüenza del mundo en baratos
bastones de aluminio. Alguna noche una erección

un somnoliento homenaje a tu memoria,
virgen feroz de las encrucijadas.

No has nacido para andar sobre el agua,
pero aprendiste pronto a pisar sobre lirios.

Necesitaste un corazón de plástico
para escuchar mi pulso. Si muero pronto

resucítame. Si no está en tus manos
dime una palabra inteligente. Si no es mucho pedir
esparce mi ceniza en tus cabellos. Si aprendes
a nadar
búscame un tomate marino.

Ya sé que siempre estaré muerto
y tú serás eternamente o casi

la muchacha más floja de las fuentes,
las aguas y los grifos,

y así un año tras otro: eternamente
o casi.

Pero la perfección sólo la encontramos ebrios,
y desaparece al despertar.

Li Po, «El vino»

Índice

- §1. Coplas de amor y luna inmóvil, 9
- §2. Taza de té de luna, 25
- §3. El nombre de otro dios más grande, 33
- §4. Tom Waits ha estado bebiendo, 49
- §5. Náusicaa en *topless*, 57
- §6. La juventud de Arturo Schopenhauer, 73
- §7. Aria de los ahogados, 87

Regla de tres

Segundo semestre de 2007

Impresión

Formación Gráfica, SA de CV

Matamoros 112

Colonia Raúl Romero

57630 Ciudad Nezahualcóyotl

Estado de México

Producción

Dosfilos editores, SA de CV

Callejón del Capulín 202

98000 Zacatecas

Zacatecas

Mil ejemplares más sobrantes

Premio Nacional de Poesía
«Ramón López Velarde» 2006

Universidad Autónoma de Zacatecas